

Manuel Godoy o la reivindicación de un ilustrado

En torno a dos libros de Emilio La Parra

JUAN B. VILAR
Universidad de Murcia

LA PARRA, Emilio: *Manuel Godoy. La aventura del poder.* Prólogo de Carlos SECO SERRANO. Barcelona. Tusquets Editores. 2002, 582 pp. (23*15).

MELÓN, Miguel Ángel; LA PARRA, Emilio; TOMÁS PÉREZ, Fernando (Eds.): *Manuel Godoy y su tiempo. Congreso Internacional Manuel Godoy (1767-1851). Badajoz / Castuera / Olivenza, 3 al 6 de octubre de 2001.* Presentación de Carlos SECO SERRANO. Mérida. Editora Regional de Extremadura. 2003, 2 vols. (23,5*17).

Manuel Godoy y Álvarez Serrano de Faria, nacido en Badajoz en 1767 y fallecido en su exilio de París en 1851 a la avanzada edad de ochenta y cuatro años, dueño absoluto por largo tiempo de los destinos de España en el traumático tránsito a la contemporaneidad, es sin duda una de las personalidades más determinantes, y al propio tiempo enigmáticas y controvertidas, en la historia española. Desde luego pocos de nuestros hombres de Estado han sido más vituperados y objeto de persecución más sañuda y tenaz que el Príncipe de la Paz, el omnipotente ministro de Carlos IV.

El extremeño Godoy, al término de una meteórica carrera desde que llegase a la corte en 1784 y se incorporase al Real servicio como guardia de Corps, se vió convertido en 1792 en primer secretario de Estado y del Despacho, o lo que es igual ministro universal (en sustitución del cesado conde de Aranda) cuando contaba veinticinco años de edad. La

clave de tan asombroso encumbramiento se ha explicado tradicionalmente y de forma exclusiva en función del favoritismo de los monarcas (de la reina M^a Luisa en particular), pero estudios realizados en los últimos años han probado la existencia de otros motivos. Así, Carlos Seco, en su introducción a la edición crítica de las *Memorias del Príncipe de la Paz*, trabajo desarrollado luego en un libro posterior, *Godoy. El hombre y el político*, le reivindica como gran figura de la Ilustración española, coincidiendo en esto con Richard Herr y algún otro investigador, y explica su encumbramiento, aparte de sus relaciones personales con los reyes, por la urgencia de sustituir a Aranda, cuya política internacional había fracasado estrepitosamente, y por ser Godoy personalidad independiente y sobre todo firmemente adicto a la Corona. A este respecto Seco sustenta una conocida y bastante convincente tesis (fundamentada en el propio testimonio de Godoy en sus *Memorias* y en otras evidencias), en el sentido de que Carlos IV desease apoyarse en un tercer grupo de presión polarizado por el flamante ministro, el llamado *Partido Nacional*, identificado con la nueva problemática suscitada por la Revolución francesa, y opuesto a los grupos de presión encabezados por Floridablanca y Aranda, demasiado comprometidos con la vieja política.

Godoy, viene a decirnos Emilio La Parra, y lo prueba documentalmente, debe ser considerado un ilustrado en su época y admirador del ideario y programa de Jovellanos, que no perseguidor de éste como hicieron creer sus detractores. Pero su ilustración no hizo de él un enciclopedista y, en lo fundamental, se mantuvo fiel a los principios de la tradición. Esto explica la doble faceta, aparentemente contradictoria, de su gestión:

1 (aspecto positivo): Su labor a favor de una cultura oficial ilustrada, depurada de innecesarios contenidos foráneos e irreligión, y orientada preferentemente al desarrollo de las ciencias experimentales y aplicadas. En esa línea crea numerosos centros de enseñanza; protege las Sociedades Económicas de Amigos del País, que en su época pasarán del centenar; reactiva la enseñanza primaria y la especializada, y promueve las letras, las artes y, sobre todo, el progreso científico. Tanto en la monografía de La Parra como en la extensa y densa obra colectiva por él co-dirigida, se ofrece pormenorizada y cumplida nómina de esas iniciativas: aplicación del método pestalozziano a la enseñanza primaria y extensión de la misma, escuelas náuticas y de ingenieros, jardines botánicos, observatorios astronómicos, renovación del profesorado y textos en la enseñanza universitaria, impulso a los descubrimientos geográficos y a la cartografía científica, etc., etc.

Este impulso a la cultura y el progreso será fomentado por una prensa renaciente, al desaparecer la rígida censura anterior. Expresión del cambio serán publicaciones tan prestigiosas e influyentes como el *Semanario Erudito y Curioso* de Salamanca, y los diarios de Barcelona, Cádiz, Valencia y Murcia, respaldados por nutridos grupos de suscriptores, y que muestran unas inquietudes que van más allá de la simple inserción de discursos contrarrevolucionarios. En otro orden de cosas, entre sus aciertos, cabe mencionar su política de acercamiento a Rusia y a los Estados Unidos como factor de equilibrio internacional; la normalización plena de las relaciones de España con las potencias musulmanas del Mediterráneo (línea abierta por Floridablanca), poniendo fin a la conoci-

da en la historiografía árabe como *Guerra de los Trescientos Años* (ininterrumpida, siquiera en un plano teórico, desde los tiempos de Cisneros); la apertura a los mercados españoles del comercio con el Próximo Oriente (acuerdos con Turquía y los estados del Magreb), misión político-mercantil de Domingo Badía en los países del Mediterráneo islámico; y proyecto de prevenir la independencia de Iberoamérica convirtiéndola en una especie de comunidad hispánica de naciones regida por príncipes españoles, proyecto que de igual forma que otro similar gestado en la época de Aranda, ni siquiera pudo ser puesto en práctica. Aspectos todos ellos hoy bien conocidos a través de los estudios de M. Conrotte, V. Rodríguez Casado, C. Seco Serrano, J. M^a. Jover Zamora, V. Palacio Atard, J. Pradells, M. de Epalza, R. Lourido, E. La Parra o de quien esto suscribe, entre otros.

2 (aspecto negativo): Paralelamente, Godoy frenó las manifestaciones ilustradas vanguardistas, que estimó peligrosas, tales como el regalismo destapado de Urquijo y el jansenismo latente en ciertos centros intelectuales como el Seminario de San Fulgencio en Murcia. Esta actitud resultaría un tanto contraproducente en momentos en que toda Europa se abría consciente o inconscientemente a la nueva ideología francesa. En esa línea permitirá el regreso de los jesuitas, cuya orden había sido anteriormente suprimida. Tales iniciativas, y su creciente poder, le granjeó la enemistad de amplios ambientes en los círculos ilustrados, incluido el propio Jovellanos, si bien otros, como Meléndez Valdés (dedica a Godoy su *Oda contra el fanatismo*), según se hace notar en las dos obras aquí reseñadas, fueron entusiastas partidarios del ministro.

Los sucesos de Francia colocaron, sin embargo, la política exterior en un primerísimo plano durante este período. Es sabido que Godoy orientó al principio todos sus esfuerzos, incluso mediante el soborno, a salvar la vida de Luis XVI. Ejecutado el monarca, no quedaba otra alternativa que la guerra, y por tanto España se adhirió a la coalición antifrancesa.

Fue una guerra eminentemente popular (si es que hay guerras populares) nutrida de voluntarios y donativos, y con aires de cruzada contrarrevolucionaria. En este sentido constituye un notable precedente de la guerra de la Independencia. El entusiasmo fue especialmente desbordante en Cataluña («Guerra del Francés» se decía y continúa diciéndose allí), que de forma más o menos consciente aspiraba a reconstruir la integridad del Principado, recuperando Rosellón y Cerdeña, objetivos vistos con recelo en Madrid.

Si durante el XVIII la política española se había orientado a la reconstrucción nacional y al desarrollo del Imperio ultramarino, siendo su regla de oro la neutralidad en unos conflictos europeos que no nos concernían directamente, con Carlos IV, y sobre todo durante el mandato de Godoy, el factor determinante son los acontecimientos franceses. Señala Artola en su libro *Antiguo régimen y Revolución liberal*, que conforme Napoleón iba penetrando en los verdaderos alcances de la crisis de la vieja monarquía española, se volvió más osado en sus pretensiones. Sus sucesivos planes sobre España cabe sintetizarlos en tres palabras: intervención, desmembración y sustitución. La Parra, así como otros varios autores en las *Actas* del Congreso extremeño aquí recensionadas, ofrecen cumplido análisis de este proceso en su triple etapa.

En un principio, sólo pensó intervenir en España para valerse de sus recursos. Luego consideró la posibilidad de poner la frontera en la línea del Ebro, a cambio de buscar compensaciones a España en Portugal. Finalmente, comprendió que podía aprovecharse de las diferencias entre los Borbones españoles, Carlos IV y Fernando VII, para sustituirlos por la dinastía Bonaparte.

Emilio La Parra hace notar cómo Godoy, en su política externa, partiría de premisas erróneas, acaso por contemplar la realidad internacional con ojos del pasado, o si se quiere por mostrar excesivo respeto a supuestos y prácticas diplomáticas de hecho en desuso a partir de la Revolución francesa. Así, al pretender mantener la tradicional amistad con una Francia ahora diferente, al no optar con determinación por la siempre dudosa alternativa inglesa, al confiar en la pretendida buena fe de Bonaparte, y en todo caso al faltarle coherencia y continuidad en el diseño y aplicación de una política internacional.

Los esfuerzos iniciales para limitar el alcance de la crisis de las relaciones hispano-lusas (conectada a otra franco-británica más amplia) sobre la base de mantener la independencia de Portugal («guerra de las Naranjas», tratado de Badajoz), que tanta irritación produjeron en Bonaparte, no pudieron mantenerse a medio plazo. En la confrontación del Imperio francés con el británico solo cabía colaboraciones totales, o por mejor decir subordinaciones. Portugal, tradicional aliado del Reino Unido, tenía que desaparecer como estado soberano aunque solo fuera por razones de geografía (tratado de Fontainebleau), y España reducida a estado satélite del Imperio francés (abdicaciones de Bayona y relevo dinástico en Madrid). El que Godoy se dejara embaucar con el señuelo de un pequeño reino propio (el Algarbe) es asunto secundario, de mero detalle. En caso contrario, el resultado hubiera sido el mismo. En la confrontación de los dos grandes imperialismos de la época, el británico y el francés, difícilmente España podía jugar un papel propio e independiente. No pasó de mero sumando, cuyos importantes recursos eran disputados por las dos partes enfrentadas para reducir costes propios y sin ofrecer a cambio contrapartida alguna, según se puso de manifiesto, por ejemplo, en la paz de Amiens. Forjar una tercera fuerza, según lo intentó Godoy, era empeño imposible, una partida perdida de antemano.

En un contexto de guerra casi permanente durante los dos mandatos de Godoy, que conllevaba sacrificios sin tasa, el ministro hubo de contentarse con logros parciales. Apenas le resultó posible, no ya sacar adelante sino ni siquiera plantear, la reforma estructural de vasto empeño que con la ayuda de cualificados asesores (Miguel Cayetano Soler, entre otros) tenía ideada para dar al país el impulso modernizador que necesitaba, sobre todo en cuanto se refiere a la reordenación del territorio (véase la recientemente tesis doctoral de M^a José Vilar), y en los planos jurídico-administrativo y fiscal. Los intentos practicados en tal dirección, como hacen notar La Parra y varios de los colaboradores en las mencionadas *Actas*, suscitaron cerrada oposición popular, y sobre todo entre los estamentos privilegiados.

El advenedizo y odiado valido, por lo demás poco prudente en la ostentación de su poder, influjo y recién adquiridas riquezas en detrimento de las corporaciones estatales

existentes (Consejo de Castilla..., etc.) y de los grandes de siempre, y en contraste con la creciente miseria del pueblo, no tardó en convertirse en objetivo a abatir. Y así sucedió, en efecto, al término de un proceso analizado con rigor y acierto por el profesor La Parra. Tras la lectura de ese análisis nos queda claro que la drástica e imprescindible reforma de un sistema político-institucional en quiebra como era el de la España de Carlos IV solamente hubiera podido ser sacada adelante en el contexto de un Estado representativo similar al inglés, por el momento impensable, o bien mediante la concentración de poderes, a la manera como Bonaparte salvó lo fundamental del legado revolucionario francés. Godoy optó por la vía dictatorial, pero todo se concitó en su contra. Incluido Napoleón, con proyectos propios sobre España.

La caída del ministro en marzo de 1808 (sucesos de Aranjuez), en virtud del primer golpe de estado de la historia contemporánea española, anticipo y modelo de los que infaustamente vinieron después, un evento celebrado con irracional alborozo por propios y extraños, fue seguida dos meses más tarde del cambio dinástico (abdicaciones de Bayona) y de la ocupación extranjera. A ello siguió la tremenda catarsis purificadora de la guerra de la Independencia, o *Peninsular war* como es conocida en la historiografía anglosajona, catástrofe demográfica (1.000.000 de muertos sobre un censo de 12 millones de habitantes según el recuento de I. de Antillón) y económica (daños incalculables y con frecuencia irreparables). Godoy sobreviviría a esos sucesos, y por tanto a sí mismo, durante casi medio siglo, hasta su tardío fallecimiento en París en 1851.

Resulta hasta cierto punto lógico que la primera historiografía posterior, muy condicionada por intereses ideológicos concretos cuando no partidistas e incluso personales, silenciando evidencias incuestionables, no fijase con objetividad e independencia las responsabilidades de cada cual en esa negra etapa de nuestra historia. La rehabilitación del Príncipe de la Paz fue tardía e incompleta. En la memoria histórica de los españoles quedaría por largo tiempo como personaje arrivista, ambicioso, torpe e inmoral (por cierto sus famosos amores con la reina M^a Luisa nunca han podido ser probados como tampoco su pretendido enriquecimiento irregular), y como principal responsable de los males del país en su traumática transición a la contemporaneidad. Un mito desmontado ya en parte hace medio siglo por Carlos Seco (en menor medida por algún otro historiador), y ahora definitivamente por la muy bien documentada, sólida y analítica monografía del profesor Emilio La Parra, fundamentada en la sistemática y paciente consulta de una quincena de archivos españoles, franceses e italianos, y en el dominio de una vasta y selecta bibliografía.

La aportación de La Parra tiene su imprescindible complemento en otra colectiva auspiciada por el mismo autor y de la cual es co-director, presentada como Actas del Congreso internacional que sobre *Manuel Godoy y su tiempo* tuvo lugar en Badajoz-Castuera-Olivenza en octubre de 2001. En el mismo participaron notorios especialistas. Aparte de los ya mencionados C. Seco Serrano y E. La Parra, medio centenar más (A. Alberola, J.-R. Aymes, T. Egado, A. Gil Novales, M. A. Melón, P. Molas, B. Obtulowicz, J. Pradells, E. Rúsoli, F. Sánchez Marroyo o F. Tomás Pérez, entre otros), quienes

profundizan en los más variados aspectos temáticos referidos a don Manuel Godoy y su tiempo. Un personaje que en adelante ya no podrá ser presentado como mera degeneración personalista del Despotismo ilustrado, según ha sido visto por Ph. Loupès y demás detractores, sino como alguien que en frase de Jacques Chastenet en su *Manuel Godoy et l'Espagne de Goya* posibilitó el último y más notable intento modernizador desde el autoritarismo ministerial español del siglo XVIII. Un esfuerzo que marcó el camino a otros más afortunados en el tercio inicial de la siguiente centuria. En particular el muy trascendental de Javier de Burgos, otro señor reformista.